

Revista Latinoamericana de Psicopatología

Fundamental

ISSN: 1415-4714

psicopatologafundamental@uol.com.br

Associação Universitária de Pesquisa em

Psicopatología Fundamental

Brasil

Hounie, Ana Luisa

En busca del ser. El tiempo perdido

Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental, vol. 10, núm. 1, marzo, 2007, pp. 15-31

Associação Universitária de Pesquisa em Psicopatología Fundamental

São Paulo, Brasil

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=233017474003>

En busca del ser. El tiempo perdido*

Ana Luisa Hounie

El texto refiere a un proceso llevado a cabo con un paciente de un Servicio asistencial universitario en un recorrido que procura, en el campo de la intervención analítica en el complejo marco de la clínica con las psicosis, tanto una comprensión de algunos fenómenos de descompensación del lenguaje, como un acercamiento al drama de quien busca en un encuentro significativo, una mirada que reconstituya su existencia como posibilidad.

Palabras claves: Crisis, nominaciones, mirada, metáfora de filiación

* Este trabalho recebeu “Menção Honrosa” no Concurso Internacional Pierre Fédida de Ensaios Inéditos de Psicopatologia Fundamental – 2006.

Cuando alguien que consulta se dispone a hablar por vez primera, una pregunta me toma e insiste marcando una huella que indicará el comienzo de un recorrido a transitar. Lo hace en forma más o menos consciente, más o menos advertidamente, pero lo cierto es que allí está convocándome una vez mas, provocadora como un torbellino o sutil como la seda, gustosa como un remanso o asediante como un forastero. Así, me dispongo a escuchar a ese otro acerca de lo qué dice y lo hago, más aún me importa cómo lo dice y lo hago, pero a decir verdad el interrogante al que confluyen estas y otras cuestiones, el que se me precipita a partir de esa nueva presencia que me confronta es esta sencillísima pregunta: *¿para qué dice lo que dice?*

Um trem de ferro com vinte vagões quando descarrila, ele sozinho não se recompõe. A cabeça do trem, ou seja, a máquina, sendo de ferro não age. Ela fica no lugar. Porque a máquina é uma geringonça fabricada pelo homem. E não tem ser. Não tem destinação de Deus. Ela não tem alma. É máquina. Mas isso não acontece com a lacraia. Eu tive na infância uma experiência que comprova o que falo. Em criança a lacraia sempre me pareceu um trem. A lacraia parece que puxava vagões. E todos os vagões da lacraia se mexiam como os vagões de trem. E ondulavam e faziam curvas como os vagões de trem. Um dia a gente teve a má idéia de descarrilar a lacraia. E fizemos essa malvadeza. Essa peraltagem. Cortamos todos os gomos da lacraia e os deixamos no terreno. Os gomos separados como os vagões da máquina. E os gomos da lacraia começaram a se mexer. O que é a natureza! Eu não estava preparado para assistir àquela coisa estranha. Os gomos da lacraia começaram a se mexer e se encostar um no outro para se emendarem. A gente, nós, os meninos, não estávamos preparados para assistir a àquela coisa estranha. Pois a lacraia estava se recompondo. Um gomo da lacraia procurava o seu parceiro parece que pelo cheiro. A gente como que reconhecia a força de Deus. A cabeça da lacraia estava na frente e esperava os outros vagões se emendarem. Depois, bem mais tarde, escrevi este verso: “Com pedaços de mim eu monto um ser atônito. Agora me indago se esse verso não veio da peraltagem do menino. Agora quem está atônito sou eu” (Barros, 2006)¹

1. “Un tren de hierro con veinte vagones cuando descarrila, él sólo no se recompone. La cabeza del tren o sea la máquina, como es de hierro, no reacciona. Se queda en el lugar. Porque la máquina es un armazón fabricado por el hombre. Y no tiene ser. No tiene destinación de Dios. Ella no tiene alma. Es máquina. Pero eso no ocurre con el ciempiés. Yo tuve en la infancia una experiencia que comprueba lo que digo. De niño, el ciempiés siempre me pareció un tren. El

Gomo I... El armazón (A geringonça)

Atónito. Aturrido. En suspenso. Estado del ser aprisionado en la vorágine de palabras que yo escuchaba y en la mirada de nada que Juan había dispuesto en aquella primera consulta. Exponía sobre la mesa una indicación psiquiátrica: “pase a tratamiento psicológico por crisis existencial” al tiempo que vociferante decía: “Soy homosexual. Nunca pude mirar una película. No entiendo nada. Soy alcohólico. No soy inteligente. Soy Dr. en A, Dr. en B, licenciado en C y técnico en D. [saca de un portafolio sus títulos]. Soy galardonado. Soy tartamudo. Soy — esquizofrénico.”

Imponía las palabras pujando la voz, respondiendo en forma inmediata a las preguntas que yo le hacía y con mirada ausente decía: “Consulto porque mi vida no tiene ningún sentido. Tengo todo para ser feliz, auto no quiero.”

Esa palabra... “auto”, asaltaba de improvisto en la frase. Esto me había interrogado y se lo hice saber, preguntándole si lo relacionaba con algo.

— No, con nada, respondía contundente. Mi padre murió en un accidente de tránsito y no noto que me haya marcado. Yo tenía 5 años y él 26, fue el 2 de diciembre de 1956. Él se dio vuelta para mirar una mujer y tuvo un estallido de cráneo. Yo no tenía ningún afecto por mi padre. Era golpeador. A mí me embutían la comida a la fuerza. La tartamudez es causada por esto, por la pésima relación. Pero esto no tiene ningún sentido. Me pasa que voy al cine y no entiendo nada. Mi mente va de acá para allá. No sé si es un delirio. Yo no disfruto de las cosas. A mí nadie me llama y no llamo a nadie. No puedo seguir una conversación. Estuve conversando con un colega que me llamó para consultarme y le dije lo que tenía que hacer. ¿Pero cómo puedo entender las cosas?

ciempiés parece que tira de vagones. Todos los vagones del ciempiés se movían como vagones del tren. Ondulaban y hacían curvas como los vagones del tren. Un día nosotros tuvimos la mala idea de descarrilar al ciempiés. E hicimos esa maldad. Esa travesura. Cortamos todos los tramos del ciempiés y los dejamos en el terreno. Los tramos separados como los vagones de la máquina. Y los tramos del ciempiés empezaron a moverse. ¡Lo que es la naturaleza! Yo no estaba preparado para presenciar aquella cosa extraña. Los tramos del ciempiés comenzaron a moverse y a acercarse unos a otros para enmendarse. Nosotros, los niños, no estábamos preparados para presenciar aquella cosa extraña. Pues el ciempiés estaba recomponiéndose. Un tramo del ciempiés buscaba a su compañero parece que por el olor. Nosotros como que reconocíamos la fuerza de Dios. La cabeza del ciempiés estaba al frente y esperaba a los vagones que se enmendaran. Después, más tarde yo escribí este verso: *Con pedazos de mi yo monto un ser atónito... Ahora me pregunto si ese verso no vino de la travesura de niño. Ahora quien está atónito soy yo.*” (Las itálicas son mías)

— Ud esta queriendo entender...

— “Nada”, agrega contundente.

Intervine para señalarle que había dicho que nadie lo llamaba y relataba que alguien lo llamó, y que no podía concentrarse en una conversación pero había escuchado y dado una explicación a su colega; entonces por primera vez, me dirige su mirada al tiempo que con tono de interrogación me dice: *¿Vio?, ¿Vio como soy?*

En ese momento me advertí de la índole de la transferencia instalada.

— Mientras tanto, Juan continuaba: “Lo que me gusta es vagar. Camino horas sin rumbo. Hoy me senté en la plaza de acá a la vuelta antes de venir. Yo nunca había hecho eso. Me dije: voy a prender un cigarro. Yo nunca fumo de tarde.

Le transmito que no entiendo y responde: “*¿Vio como soy?*”... y continúa: “Le explico, lo que pasa es que me dije: *Voy a tener una conducta distinta*. Es que venía con una carga emocional. *En definitiva, On line.*”

Cuando llegué la vez siguiente al consultorio de la Institución en la que trabajo, no vi a Juan en la sala de espera y escuché decir socarronamente: “Tu paciente anda por ahí, por todos lados, de arriba para abajo”. Y esta movida coincidía con un cambio en su decir y en su mirada que buscaba la mía.

“Ando angustiado. Es por una gatita que tengo que mandar al interior”. Refiere a su extrema sensibilidad con los animales y relata un accidente de tránsito en el que habían atropellado a un gato: “Yo me decía: Juan, *cambiá de ruta, no pases que vas a quedar acongojado*. Ahora estoy haciendo un duelo porque a mi gata la tengo que mandar al interior, a la casa de mi madre.”

— ¿Y por qué lo tiene que hacer?

— Porque *Milagros* me complica la vida, yo la quiero demasiado y ella a mí también. Me complica para cuidarla.

— ¿Y no puede?

— Si, puedo. Y llego bien al trabajo.

— ¿Entonces en qué lo complica?

— Ayer llamé a una amiga para contarle que estaba viviendo un duelo por *Milagros*.

— A mi todavía no me queda claro porqué se desprende de la gata.

— Yo viajo y cuando me voy tengo que pagarle a alguien, es inentendible.

— ¿Será inentendible?

— No es inentendible. Va más allá de la lógica. La tarjeta de crédito la puse arriba del ropero para no seguir comprando. Esta campera me la compré y cuando volvía me pareció que no era mi talle y fui a devolverla y me dio lástima y me la traje y me compré otra.

— ¿Lástima de qué?

— De devolverla.

- Como a la gatita.
- Idéntico [me mira]...A veces pospongo los viajes por ella. Le pago a una colega amiga para que la cuide. El animalito sufre...
- ¿Viaja mucho?
- ¡No viajo nunca! No salgo a ningún lado.
- ¿Entonces??
- ¿*Vio como soy*? Yo estudio la situación. Yo le hablo y le digo: ¡Mirá que no me desprendo de vos! El único afecto es ella. Le pido a San Francisco de Asís, le prendo velas. No sé qué mas suplicarle. Voy a llevarla.
- ¿Por qué?
- Porque hay un señor que va para allá. Por eso nomás.
- ¿Y Ud?
- Yo viajo con ella.
- De modo que cuando viaja, puede viajar con ella...
- Sí.
- Le digo entonces que él dice sufrir su soledad y que su gata es una compañía. Que además es un afecto importante. — tiría darse un poco de tiempo y considerar una nueva posibilidad.
- ¡Sí!, agrega entusiasta. Tiene razón. ¡Sí, eso, claro! Yo ya me di cuenta que Ud es brillante. ¡Qué suerte que hablé!
- Y así pues, con un sentimiento de intenso alivio, inaugurará su transitar.

Gomo II... Los nombres-cosas (Os nomes-coisas)

“Mi cerebro es muy sensible. Yo debo tener una fuga de ideas. Ud sabe que soy una persona rara. Hago cosas raras. No disfruto de las cosas. Fui a comer con mi hermano.² Yo no tenía hambre. Cuando uno no tiene hambre, no disfruta lo que come. Yo disfruté igual. Mi hermano dejó agnolotti en el plato. ¿Los vas a dejar, le pregunté? Me los como yo. Ahí se da cuenta de que soy disociado.

— Yo no tuve pareja. Viví con una mujer durante años. Teníamos sexo varias veces al día. Yo no disfrutaba de la sexualidad. Jamás. Lo hacía porque estaba ahí. Tengo el síndrome disociativo-discordante.

2. En su relato recalaba nombres, lugares, fechas y horas, como lo haría posteriormente con la enorme cantidad de datos que su memoria registraba sin excepción.

— ¿Porqué lo dice?

— ¿Y no es disociado disfrutar de las relaciones sexuales con alguien que no se tiene ganas? No tiene sentido.

Tras “*disociado*”, emergían otras designaciones: “*tartamudo*”, “*adicto*” o “*comprador compulsivo*”. Parecía usarlas como “etiquetas”, las que ostentan la marca por la que una vestimenta se destaca. En cada nueva sesión algunas de estas nominaciones de sí reaparecía, en ocasiones antepuestas con un “No”, aunque nada parecido a la función de la negación en el discurso neurótico. Era frecuente escucharlo decir: “Yo no soy homosexual” o “Yo no soy alcohólico”, y por supuesto jamás tartamudear. Asimismo, yo me iba percatando de las diferencias entre cada una de estas nominaciones. No todas ellas tenían el mismo espesor, ni eran invocadas en el mismo sentido. “Alcohólico” y “adicto”, por ejemplo, eran las que mas frecuentemente acompañaba por un previo “No”: “*Mirá, Yo soy alcohólico. Nunca lo había dicho así. Lo que yo tengo es una patología del pensamiento. Mirá, yo manejo todos los psicofármacos.*³ Yo voy a casa y tomo 10 clonazepam al día, mas una fluvoxamina y una fluoxetina. Los mezclo con dos whiskies con coca-cola y empiezo a fumar.” O, “*anteayer tomé 3 mg de Risperidona que es un antipsicótico atípico, lugar del receptor dopaminérgico, 2 mg de clonazepam que es el Rivotril que tiene cuatro funciones anticonvulsionantes, hipnótico, ansiolítico y antidepresivo, mas un opiáceo, el dextropropoxifeno, 36 mg, mas dos o tres whiskies y quedé planchado*”.

A su vez, esto estaba para él directamente relacionado con el rendimiento de la sexualidad: “ahora estoy en fase de manía. Yo no sé si tengo un trastorno esquizo-afectivo. Yo cuenta de las cosas me doy. No puedo concentrarme en nada. Con todo eso mezclado quiero tener sexo oral con un tipo y no tengo erección. Tampoco con la masturbación. Me dije Juancito: si no ponés control a las cosas, las cosas te van a controlar a vos. Eso hice. Todas las pastillas las metí en una bolsa en un rincón. *Todos esos nombres que te dije, me faltaron las benzodiazepinas, los tiré ni me acuerdo dónde.* La dopamina tiene que ver con la erección del pene. Pasa que el otro día me la chuparon como tres personas, no sentí demasiado placer y tuve serias dificultades con la erección. Y ¡pum!, borré todas las pastillas. Los cigarros los apreté y ¡pum! tiré todo a un balde y al sanitario y ¡blanco! Se fueron. Las botellas de whisky las tiré por la ventana. No estoy tomando absolutamente nada. Anoche no dormí porque estoy en pleno

3. Debido a su trabajo, él tenía acceso a la medicamentación y se la autoadministraba. Esto significó en el tratamiento un punto de límite: le comuniqué a modo de condición, que no podría continuar automedicándose, debía consultar a un psiquiatra que le indicara y regulara la misma.

período de abstinencia: manía, inestabilidad, enuresis, insomnio, cefaleas, *los cinco ítems*. Y más adelante “*Yo no soy alcohólico*”.

Decía sufrir de una gran soledad: “a mi no me llama nadie ni yo llamo a nadie”. “Mi mente va para allá, viene para acá y no entiendo nada. Salto de un lado hacia el otro, hago *zapping*. Tengo que hacer enormes esfuerzos para seguir una conversación, un diálogo. Acá parece que puedo hablar”. Decía que conmigo podía mantener el diálogo, que no se sentía tan abrumado por cortes, vacíos, inconexiones de la significación, como los que lo invadían como cuando intentaba a ver una película, o seguir un diálogo extenso. Mis intervenciones habían tenido este fin, operando al modo en que el “sentido común” – no porque exista como tal sino por su función –, reconoce entre dos presencias la posibilidad de interlocución. Yo cuestionaba, preguntaba, confrontaba o afirmaba desde el lugar donde había sido apelada, lejos del sujeto supuesto al saber que se revela en el análisis del neurótico. Él se empeñaba en exhibir la inconsistencia del lenguaje como posibilidad, y yo, al acogerla, intentaba marcar su tránsito del nombrecosa a la evanescencia del ser hablante.

Gomo III... El nudO (O nó)

Si en algún momento fuera pensable considerar el diagnóstico de “crisis existencial”, al modo de una suerte de reformulación de las interrogantes que conforman un proyecto alrededor del cual se organizan los deseos a la mitad de la vida, rápidamente caeríamos en la cuenta de lo ilusorio de tal búsqueda de sentido. Lo que Juan se empeñaba en exhibir era el descarnado sin-sentido que decía habitaba su existencia.

Se cuidaba de que los nombres que se adjudicaba, títulos, galardones que enunciaba, no indicasen nada que retuviera una coherencia de significaciones posible: era homosexual pero nunca había estado con un hombre, vivió en pareja con una colega durante cinco años pero nunca había tenido pareja,⁴ tenía cuatro diplomas universitarios pero era mediocre, poseía una memoria excelente pero todo se le esfumaba, era alcohólico pero no lo era, era, era... era muchas cosas mas, pedazos, partes de sí que eran y no eran.

4. Relata sin ninguna señal de dolor, tristeza u otra figuración afectiva, que esta mujer, con la que compartían la misma profesión y estudiaban la especialización, había quedado embarazada de él. Le pregunto por su deseo con relación a ese posible hijo. Contesta: “No le contesto ni si ni no, si hubieran venido los tenía”.

Soy A, soy B, soy C., soy D, decía. Y si era convocado a discurrir a partir de alguna de estas nominaciones, a desplegar significados a propósito de ellas, se encargaba de mostrar allí la inoperatividad de la función significante de estos términos cuyo destino es convocar una ausencia, mas bien, se trataba de nombres que valían por su función de designación de algo, como elementos de un código, palabras de un diccionario elegidas para la comprensión de un idioma. En las distintas sesiones, alguna de estas formas de nombrarse aparecía en su decir. “/.../yo soy *cleptómano*”... ¿por qué? le interrogaba yo, “porque robo plantas”.

— “Pero soy incapaz de robar. Nunca le robé nada a nadie”.

— ¿Entonces porqué lo dice?

— ¿Vio, vio como soy?

Que somos seres de lenguaje, es dato de nuestra experiencia de existir. Pero cierto es que no todos habitamos este lugar de la misma manera. Me interrogaba así, lejos del ámbito de la comprensión, sobre el lugar que este hombre destinaba a la palabra, hacia dónde estaba dirigida, es decir, el para qué de estas nominaciones, porque no me cabía duda de que había instaurado una demanda. Pero ¿cuál? ¿Cuál era el lugar que me reservaba en la transferencia? Pues si hay la posibilidad de lo que llamamos diagnóstico de estructura, aquello que nos permite orientar una intervención, es preciso dar cabida a estas interrogantes.

Yo sentía que asistía a un sujeto cuya relación a la palabra, a aquellas que lo designaban, era la de concederles la función de vestiduras, atavíos que cubren al cuerpo de un ser que puja por existir a través de ellas. *En el mismo corazón del nudo que vincula el ser con la palabra, punto de incommensurabilidad radical, Juan situaba su crisis.* Y éste era el sentido de lo que había llamado su “crisis existencial” (pues esas eran sus propias palabras que había dictado a una psiquiatra amiga), como una verdadera crisis de existencia en el plano en el que la remisión significante no permite de ningún modo definir a un ser. “Desde el punto de vista de los significantes que constituyen al Otro, el Ser queda a la espera, como alma en pena”, tal como lo plantea Pommier (1984) “la cuestión óntica queda sin resolver y el goce que se le adecuaría se revela imposible. En la medida de que el ser humano habla, su goce se le escapa y lo que de él puede atrapar pasa por caminos tortuosos. Las contorsiones a las que se libra, especialmente en lo relativo al prójimo, no tienen otra motivación.”

Ocurre que no siempre para los sujetos el goce se nos revela lo suficientemente enigmático como para representar en el conjunto de enredos que nos atraviesa y que nos commueve como deseantes, el punto de apelación a este Saber del Otro, que en momentos álgidos de commoción subjetiva, procura la ilusión de una respuesta que organice nuestra subjetividad en torno a un referente posible (tal es la función de lo que Lacan (1952) designó como “Significante del Nombre del Padre” y cuya inscripción oficia de límite al goce materno).

La experiencia nos muestra otras respuestas posibles a la relación con el lenguaje que nos habita. Cuando el goce se presentifica en forma certera y acuciante, evidenciando un universo que aniquila la dimensión subjetiva al punto de su sumisión absoluta en él, el sujeto intenta defenderse desesperadamente de esta suerte de muerte. Ante la inminencia de una caída en las fauces del Otro, apela a la reconstitución de un saber que mantenga una distancia posible, una distancia que reasegure su existencia.

En la neurosis, dada la inscripción en la subjetividad de la operación llamada *metáfora paterna*⁵ (Calligaris, 1991) la apuesta es al saber de referencia del Padre, y en torno a éste se orienta.

Sin embargo, en la psicosis, al no existir esta referencia del saber del padre en éste nivel simbólico, al estar desasido de este organizador central de las significaciones, nos encontramos en el tiempo de crisis ante un sujeto que busca desesperadamente un saber que lo proteja y que encuentra en la errancia metonímica.

La demanda se instaurará en el punto de invocación a ningún referente supuesto – dada la inexistencia de significante ordenador –, sino al saber en sí, al saber en si mismo.

De este modo, procuraría “construir una metáfora homóloga a lo que es una metáfora neurótica de filiación, pero no como una función paterna simbolizada y sí con una *función paterna en lo Real*.”

Gomo IV... La Búsqueda (A busca)

Si la amenaza para este hombre estaba ante la invasión del sentido del sin sentido, ante la vivencia de su suspensión en la interlocución, donde lo asaltaba una pura nada, es decir una totalidad de deriva del significante, invadido por toda suerte de existencias, de vestiduras de la palabra, se le tornaba absolutamente necesario, vital, para no derrumbarse en el universo impactante de *La...* Significación, reconstruir un sistema posible en el que instaurar al significante en su función misma, la de no significar nada, sino designar la presencia de un sujeto ante otro significante, instaurando una cadena que pudiese dar cabida a

5. “Podemos llamar metáfora paterna a la operación por la cual el neurótico instituyó, en el campo de los significantes de su saber, una referencia privilegiada que distribuye en este campo las significaciones y, al mismo tiempo le promete una significación. Esta significación que el neurótico obtiene de la referencia paterna es la ganancia de su filiación” (p. 23).

una ausencia, a un lugar que horadara al goce absoluto. Por eso se presentaba a través de sus nombres, para decir que sí era esto o aquello pero no lo era, a interrogar a los distintos profesionales que para él encarnaban insignias de ese saber. Había recurrido a dos psiquiatras para le dijieran que era esquizofrénico, y como la respuesta era que *él no era* “un disociado” o “*Ud no es* esquizofrénico”, él seguía buscando pues esa respuesta “no le cerraba”. “Si me dicen que sí, me cierra todo”, “si me dicen que no, no me cierra”. Que le hubieran dicho que no, le había posibilitado seguir buscando, impidiéndole una coagulación en la *certeza*, cuestión que hubiera en él resultado nefasta, por convocarlo a una dimensión incuestionable, dado que allí, el diagnóstico hubiera operado como una pura designación del sujeto, sin remisión a una cadena posible.

La dimensión del proceso que realiza conmigo había adquirido para él un estatuto diferente. No se había constituido en un lugar donde buscar ni encontrar una respuesta a esa pregunta que de hecho nunca había formulado. Lo que había puesto en juego, haciéndome partícipe de la escena de sus relatos, era una suerte de recorrido por el que demandaba ser acompañado – en la medida de que yo representaba ese “saber sin sujeto” –, por un otro con el que sostener un encuentro que en cierta forma funcionara como organizador del campo del Lenguaje y pusiera en relevancia ante todo su función. De ser así, a través de la presencia de una discriminación posible, en el ámbito de esa apelación a un interlocutor que cuestionara sin signar, sostenía su existencia y esto lo precavía de la crisis que lo amenazaba.

Calligaris (1991) da cuenta muy acertadamente del valor de este recorrido en el tiempo en que un sujeto psicótico efectúa una demanda de análisis, previo al desencadenamiento o estallido de la psicosis propiamente dicha. “Cuando un analista encuentra a un paciente en el camino de la errancia,⁶ cuando se encuentra interpelado de ese modo, nunca es interpelado como sujeto supuesto saber del paciente, posición desde la cual interpela un neurótico. El es interpelado tal vez como una red lateral del saber. Él mismo es un pedazo de mapa. Y tal vez lo que esté siendo interpelado en un analista es el psicoanálisis mismo, como un pedazo de un saber total a través del cual el psicótico va a pasar, como va a pasar por otros lugares, en un camino de la errancia del que el psicoanálisis también forma parte”

6. “Ya sea errancia *física* o *intelectual*(ambas constatables en Juan, en sus los diversos niveles de su “deambular”), entendiendo a esta última no como algo “que nos llevaría a pensar en un tipo de pensamiento sin organización, que no se trata de eso, sino de un pensamiento que tiene horizonte de totalidad, que no se autoriza a partir de una filiación, o sea de una transmisión, sino que se sustenta en sus propios recorridos y por eso sólo puede emanar de la cosa misma, como si aflorase de su superficie” (p. 20).

Ciertamente, Juan había explicado porqué había iniciado aquí, este nuevo tramo de recorrido: “Yo no me creo omnípotente, por eso vengo a ti. Soy esquizofrénico, lo reconozco, a mí nadie me lo dijo. Yo tengo que luchar con mi mente. Yo aquí contigo tengo un excelente rapport, yo ya me di cuenta. Tú sabés, vas a congresos, como otros profesionales. Pero nadie lo sabe todo. Hoy tuve que continentar a uno. A cuatro pacientes mató”.

Existir... cuestión de vida o muerte subjetiva.

Gomo IV... El montaje (A montagem)

Juan había llegado al tratamiento en el tiempo de avizoramiento de una crisis que ponía en juego su existencia, procurando a través de un tránsito posible, una mirada⁷ que le diera certeza de existir. Ésta, en su dimensión de envoltura jugaba un papel central. *Juan parecía escenificar con los nombres que se daba, instantáneas de tiempo de ser en espera, reclamando la puesta en juego de una mirada. Tiempo de “ser atónito”, en suspenso, tiempo del ser que busca ante la inminencia del corte, la reconstitución, la configuración de una unidad en el reconocimiento de las partes.*

En la búsqueda de la mirada, su propio ser pujaba por realizarse cada vez que se ponía en juego alguna suerte de inconsistencia, de agujero del sentido: “¿Vio? ¿Vio como soy?”, verificando en su apelación: *¿Vio como soy-siendo?*, una llamada a un otro que reconociera una existencia. Pero ser y existencia no son la misma cosa, advirtieron múltiples pensadores del alma, a los que llamamos filósofos. Los analistas, aunque seguramente ubicándolas en otro orden, también sabemos de esa distinción. Juan encontraba en las conversaciones conmigo alguien que lo ayudara a soportar su alocución, no en la búsqueda de un descifrado, sino en el preciso sentido de una afirmación de la presencia misma del ser que habla.

No se trataba en mi intervención de ninguna finalidad de reunión de los pedazos dispersos en una totalidad unificante, sino que si de algún montaje se trataba, éste era el de la puesta en juego de la operación de montaje en sí misma, en una construcción que atemperara el goce amenazante de los significantes de la constelación paterna que golpeaban en él sin tregua, desde lo real.

Su cabeza estallaba – no su cráneo –, pero como en la brutal escena relatada en torno al padre, la que sentía fuera de cualquier sentido para él, hacer ahí con las partes era algo que se le imponía.

7. Entiendo que hay una relación entre el “brillo” que me suponía, y el brillo de una mirada.

Gomo VI... Aprender a manejar (Aprender a conducir)

Así, en el transcurso de los meses en los que trabajamos juntos,⁸ en el devenir de la travesía por ambos inaugurada, algunos mojones fueron instaurándose. De su historia, que también era transmitida a modo de escena, esa que “no le había influido para nada”, había llegado a decir:

- Mi padre se dio contra la caja de un acoplado y le estalló el cráneo.
- ¿Y Ud como sabe que fue por mirar a una mujer?
- Hace poco que lo supe. Me enteré por mamá.
- ¿Y cómo sabe su mamá que ésa fue la razón?
- Porque vivía ahí la mujer y supuestamente pasa esto: él era un muchacho joven y tenía auto y tenía atributos...
- ¿?
- Tenía otra amante. Mi madre me llevaba a mi a los posibles encuentros que mi padre iba a tener con ella y entonces mi madre la agarraba a palos. Es pésimo eso. *Me lo hacía ver.*
- ¿Por qué lo llevaba?
- Para no dejarme sólo, yo me acuerdo de todo, tenía cuatro años.
- ¿Nunca cuestionó a su madre por hacerle ver esto?
- Tendría, pero ya no tiene sentido. Probablemente mi conducta homosexual tenga que ver con todo esto.
- Cómo...
- No entiendo. A mi las mujeres no me atraen sexualmente, soy íntimo amigo, eso sí.
- ¡Con la escena que presenciaba! Parece que todo camino hacia a la mujer, llevaba hacia la destrucción.
- ¡Claro! Yo soy completamente diferente. Los dos eran golpeadores. / .../ Yo no me daba cuenta. A mi me imponían las cosas. No aprendí a manejar de bobo que soy.
- Bueno, no sólo eso. Hubo en su historia un acontecimiento muy duro relacionado con esto del manejo, en el que falleció su padre...
- Pero mi padre era una persona que yo nunca quise. Era un golpeador. Yo tengo un pésimo recuerdo de él. Yo tengo un vacío afectivo que es propio de la esquizofrenia.
- Pero dígame Juan, ya que Ud sabe tanto de la esquizofrenia, ¿no es raro que un esquizofrénico diga “soy un esquizofrénico”?

8. Los tratamientos desarrollados en el lugar donde tienen por disposición reglamentaria una duración de acotada, seis meses, con alguna posibilidad de excepción.

— Sí, es raro. Al preguntar a los pacientes ¿Ud que enfermedad tiene?, dicen que no saben, dicen que sí, porque lo vieron escrito. *Yo me puse un rótulo. Yo te dije que soy alcohólico, yo lo pongo muy en duda. Y lo que yo llamo homosexual no sé bien qué es. Cleptómano es mentira que soy porque soy muy selectivo en las cosas, robar plantas no es. Y mitómano, no soy tan mentiroso. Me pongo nombres sí.* Ahora tengo que aprender guitarra...

— ¿?

— No sé. Y a aprender a manejar autos también.

Ambas cuestiones me parecieron bien importantes, hacer algo-ahí con los nombres, introducir la posibilidad a través de la música, un goce de la creación que recorta de otra manera el campo simbólico, aprender a manejar, *a manejar elementos de la constelación paterna, resurgiendo de la eclosión.*

Gomo VII... Una metáfora de filiación (Uma metáfora da filiação)

Una cuestión interesante se había desplegado a partir de sus “deambulaciones”, su caminar sin rumbo, único lugar de disfrute posible para él y en el que ocurría algo sumamente orientador: en su camino, “encontraba” objetos tirados, perdidos y los recogía. Esto confrontaba, encontrándose en una posición radicalmente opuesta, a lo que hacía como “comprador compulsivo”, siendo aquí lo importante procurar adquirir vestimenta “de marca” y no usarla nunca, acumularla para luego encontrar a quien regalársela. Así, decía tener una colección de pantalones sin uso, frazadas, y otros objetos. En cambio, usaba aquello que había encontrado, gustaba de usarlo y lo vestía en las sesiones y me lo mostraba: “¿Ves este sweater? lo encontré ayer... Compré una campera y regalé dos que había comprado, una LEWIS y una NIKE. Son preciosas, después compré una que no me gustó. Encontré un tapado de nutria canadiense divino en un tacho de basura. Es una belleza, lo más fino que hay. Se ve que la dueña era muy cuidadosa. Encontré un tapado de gamuza que se lo iba a dejar a *Milagros*, pero *Milagros* pierde mucho pelo. Yo tengo no menos de diez frazadas pero no me gusta sacarlas y paso frío, entonces lo voy a dejar para taparme yo. Mi madre no quiere que yo use esas cosas, dice que son porquerías. Yo ya te dije de la importancia de las cosas que encuentro por la calle.

Yo le había señalado que cuando en sus caminatas él encontraba algo desechado y lo ponía en uso, incluía ese objeto en una serie, otorgándole una continuidad en la historia, y había respondido:

“Cuando camino, hago lo que quiero sin involucrar a nadie. Yo sólo hago cosas *inéditas*, busco cosas por la calle, a ver qué puedo encontrar y las levanto.

Objetos, una planta, un pañuelo verde. Ayer encontré un alambre doblado. Otros días, un almohadón, un cable, un pañuelo, un sweater, dos pelotas de polo. A mi gata. ¿Ves esta camisa? Yo adoro lo que encuentro tirado por la calle. Le digo a *Milagros*: ¡Pensar que te encontré tirada por la calle!... ¡mi fiel compañera!... Regalo sweaters, las camperas mías. Lo que encuentro no lo regalo, lo que compro sí. ¡A mi gata no la regalo! Ud. estuvo brillante, menos mal que lo dije acá. Porque tanto ella como yo nos hubiéramos extrañado de una forma insustentable."

— Ciertamente esta actividad era altamente significativa para él, se convertía en sus caminatas en un buscador de cosas desechadas que convertía en tesoros y de esta forma *él rescataba del abandono, de la pérdida, procurando además conseguir una suerte de filiación, estableciendo una cadena posible que soportaba un enigma en el origen, para darle una suerte de nuevo nacimiento, una forma de paternidad sobre aquello que encontraba*.

Yo escuchaba esto con interés y le había preguntado si cada vez que encontraba algo se imaginaba su historia previa, a lo que él había respondido entusiasta que sí, que siempre lo pensaba: "Yo le pregunto a *Milagros*: ¿de dónde venías cuando yo te encontré? ¿Cómo te llamabas antes de yo encontrarte? ¿Cuál era el nombre de tu madre? ¿Quién era tu dueño? ¿Dónde vivías? ¿Sabés una cosa? Yo le hice tomar la comunión. Pedí dos hostias, engañé al cura (se ríe), es un acto infantil. Yo la encontré el 6-2-03 y la comunión se la hice el 8 de diciembre del 2003, ahora tengo que hacerle la confirmación".

En mis intervenciones, acotar la imposición materna había posibilitado poner una suerte de punto de basta, de suspensión al goce, produciendo en él un efecto de alivio consecuente:

— Yo soy *cleptómano*. Soy *ratero*. Ayer arranqué de un lugar una parte de una planta que había y la planté. Yo digo que soy cleptómano.

— Ud dice que es cleptómano porque arranca plantas...

— Es una apropiación indebida de una planta. Tengo un jardín de plantas robadas. Tengo un pedazo de palo de agua que saqué de... [relata cual era la planta "madre"] y ahora está grande ¡así!».

Entonces intervengo: "¿Ve esa planta que está ahí?, le digo señalándosela, alguien se llevó una parte importante. La parte que quedó creció con mucho mas fuerza. Eso dicen los jardineros, que es necesario sacar un gajo de una planta para poder hacer crecer otra. Después de todo, muestra como es posible desprender algo de la planta 'madre', sin que produzca aniquilamiento, puesto que de esa forma puede surgir una nueva, que tendrá un nuevo lugar, al tiempo que reconoce una historia."

Había asentido respondiendo: "Una vez mamá me dijo que dejara a mi gata en el mismo lugar en el que la había encontrado. Me dolía en el alma. Yo no

quería. Y tiré la gata. Fui en bicicleta y tiré la bicicleta también. Después tiré todas las plantas a la calle.

— ¿Todo eso porque su mamá le dijo?

— Sí, y a las ocho de la noche, no voy a buscarla, me dije. No voy a tener mi conciencia en paz. *Milagros* se vino sola [se trata de una distancia considerablemente larga]. Eso es una manifestación de humildad que tuvo conmigo. Es para quererla pobrecita. Ella dijo: “Yo voy a mi casa”. Sí, “yo tengo mi casa”. Ella tiene un lugar en mi casa. Es como una persona. A mi me sirve”.

Sí, claro que le servía, como le habían servido algunos puntos de anclaje — que se había procurado en el trayecto reorganizador de su mundo del que me había hecho partícipe, pero también había descubierto que era tiempo para él de servirse de otros interlocutores que se le tornaban imperiosamente necesarios.

O Gomo da Conclusão...

Había llegado el término del tiempo reglamentario estipulado institucionalmente, lo que determina desde ya, un problema a considerar: aquél de los tratamientos con tiempo acotado *a priori* en el trabajo con la psicosis.⁹

Juan había respondido que aceptaba la terminación ya que no quería perder su tiempo ni hacerme perder el mío. Se despidió diciendo que lo que él tal vez necesitara ahora era un dispositivo grupal de cualquier índole, pues precisaba relacionarse con otros, instaurando así un nuevo recorrido. Entiendo que hubiera sido importante la continuación del proceso por el tiempo necesario que le permitiera la creación de un nudo que estabilizara su estructura. Aún así, he de decir que Juan lograba por primera vez algo que decía le había resultado imposible: *separarse*, ya que él había dicho al comienzo que no podía separarse de nadie porque no hacía contacto con nadie. Ahora, bajo un “no me esperes” ponía sobre la mesa una cuestión importante en el tratamiento con la psicosis, tal es el lugar de la disponibilidad sin espera del analista.¹⁰

Por mi parte, yo había transitado una experiencia cuyo carácter, desde un comienzo, no había cesado de conmoverme.

9. Este punto se ha convertido en material a trabajar por los actores institucionales, de modo de mejorar las condiciones formales que regulan las intervenciones en el Servicio Universitario del que formo parte.

10. En ese sentido, en la transferencia psicótica, la Institución como lugar disponible al que es posible apelar en un nuevo momento, desempeña una función importante.

Cuando nos enfrentamos a la singularidad de la experiencia clínica, nuestra condición de apertura a lo diverso se torna condición *sine qua non*.

Si de algunos actos sólo somos testigos en la trama de un destino al que asistimos como espectadores, en otros, nos es dable la posibilidad de asistir en la escritura de este mismo destino, involucrados en sus marcas. Así, concedemos al tiempo los trazos que éste convertirá en narrativa, en un acto de transmisión que nos re-crea subjetivamente y que reubica al tiempo perdido en tiempo reencontrado. En el margen de estos caminos, en la zona de tensión que los habita, se situaba toda la dimensión de la pregunta de las que mis palabras parten. Y qué hacer con las partes, pedazos de cada uno, encuentra en cada quien una respuesta singular:

Para Juan, transitarlas a modo de reconocimiento de su posibilidad de existir en la búsqueda de un instante de alivio ante su multiplicidad inasible.

Para el poeta, la maravillosa posibilidad de inventarlas dándole por ese preciso acto la verdadera dimensión de captura de lo inasible del ser.¹¹

Para mí, la producción de este texto, a modo de pensamiento nacido en el seno de la experiencia de una clínica con las psicosis cuya complejidad no deja de sacudirnos.

Referencias

- BARROS, M. de. *Lacraia. Memórias inventadas. A segunda infância*. São Paulo: Pla-
neta, 2006.
- CALLIGARIS, C. *Clínica diferencial de las psicosis*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1991.
p. 20-24.
- LACAN, J. (1952). *Las psicosis*. Barcelona: Paidós, 1984.
- POMMIER, G. *Una lógica de la psicosis*. Barcelona: Paradiso, 1984. p. 5.

Resumos

O texto refere-se a um processo terapêutico efetuado com um paciente do Serviço Assistencial Universitário e procura, no campo da intervenção analítica no complexo marco da clínica com a psicose, tanto uma compreensão de alguns fenômenos de

11. “Tudo o que não invento é falso”, inaugura las Memorias de Manuel de Barros.

descompensação da linguagem, como uma aproximação ao drama de quem busca em um encontro significativo, um olhar que reconstitua sua existência como possível.

Palavras-chave: Crise, nomeações, olhar, metáfora de filiação

Le texte fait référence à un processus thérapeutique mené à bout avec un patient du Service Universitaire d'Assistance; ce processus a tâché de trouver, dans le champ de l'intervention analytique et le cadre complexe de la clinique des psychoses, une compréhension de quelques phénomènes de décompensation du langage, aussi bien qu'un rapprochement au drame de celui qui cherche, à l'occasion d'une rencontre significative, un regard qui puisse reconstituer son existence en tant que possibilité.

Mots clés: Crises, nominations, regard, métaphore de filiation

This text describes a process carried out with a patient at a university treatment center. In the field of analytic intervention and within the complex framework of clinical treatment of psychoses, the patient sought to understand phenomena of language difficulties and approximations to the drama of one who desperately seeks a significant encounter, a gaze, to confirm his existence as possibility.

Key words: Crisis, nominations, glaze, metaphor of filiation